

La violencia y sus diferentes caras

En estas últimas semanas (y días) hemos asistido a diversos acontecimientos que nos han impactado de diferentes maneras, pues fueron situaciones de diferentes signos y calidad. En un polo del espectro vivimos el triunfo del Encuentro Progresista. Anhelo extendido y profundo de la mayoría del pueblo oriental en dirección de un cambio. Cambio que permita una vida digna en todos los niveles, a toda esa enorme masa de gente que se inclinó por la esperanza en un futuro mejor para todos. Soplan vientos de fronda. Seguramente los operadores psicosociales van a tener un papel protagónico en este tiempo de construcción y reconstrucción de nuestra sociedad.

En el otro polo y hace pocos días, asistimos a un hecho de características críticas. El Euskal Erría 70 vio a un policía (serv. 222) emprendérselas a tiro limpio con un pequeño grupo de muchachos que festejaban un cumpleaños dentro del mismo complejo. Un adolescente muerto, varios heridos y toda la consternación del mundo en el pueblo montevidiano. A continuación y en una concatenación dramática de hechos, llegan al lugar efectivos policiales que son repudiados y rechazados por un grupo de personas, que a esta altura no se sabe bien si eran del complejo o si formaban parte de un conjunto de pobladores de las viviendas situadas frente al mismo, que cruzando, habían irrumpido en el mismo, produciendo saqueos y violencias varias. Más o menos, (quizás con alguna variable), así fueron los hechos.

Emergen algunas reflexiones. Primero de todo es el hecho mismo de la violencia llevada a sus máximas consecuencias (la muerte de uno de los protagonistas). En segundo lugar, la presencia en el lugar de un conjunto de pobladores de los asentamientos vecinos que irrumpen con intenciones de violencia o saqueo.

Como uno no es investigador (ni privado ni público) no sabe a que atenerse en relación exacta a las noticias que circulan en los medios o en círculos de gente conocidos (y no tanto). Si la cosa fue así o fue un poco distinta o bastante diferente, en fin. Haciéndonos eco (relativamente) de las versiones circulantes, pienso que es una situación lo bastante compleja como para quedarse con la versión de que alguien perdió momentáneamente la razón y se la agarró a los tiros con un grupo de adolescentes. O que era alguien que ya hace tiempo estaba sindicado como violento o amenazante para la integridad física de la gente de la zona. Como operador psicosocial pienso (y estoy convencido) de que todo fenómeno, toda situación admite una policausalidad de factores determinantes y que quedarse con un solo factor es parcializar en demasía una realidad ya de por sí compleja. Desde un enfoque psicosocial debemos incluir e integrar esa complejidad.

De entrada pienso que desde la perspectiva arquitectónica, el complejo gigante que es el Euskal Erría, construido en la década del 70, obedece a una concepción modernista, atravesada desde el vamos por una noción que nos va a acompañar bastante en este artículo, que es la exclusión o la segregación. Con o sin intención manifiesta, el "gigante" fue pensado para albergar a una población de trabajadores, empleados y subempleados, dejando para la centralidad urbana a los poseedores de "tradicición, familia y propiedad". Las siguientes décadas de políticas recesivas y centrifugación urbana, continuada en el tiempo, hicieron que los amplios espacios que rodean al "gigante" fueran siendo ocupadas por poblaciones de nuevos pobres urbanos y residentes precarios. Como dice Javier Vidal, una nueva ciudad fue creciendo y generando pautas de relacionamiento diferenciada.

Aquí quiero traer al tapete un fenómeno, que no es exclusivo (ni mucho menos) de nuestro Uruguay, pero que también lo es, y es el de la exclusión. La globalización ha traído consigo una nueva terminología en la que es figura la palabra exclusión.

Usada para designar el desplazamiento forzado de los desocupados y subocupados fuera de los límites del abrigo, estos se transforman en verdaderos contingentes de sobrante social. Los llamados excluidos caen irremediabilmente en un plano inclinado que los arroja más y más hondo en la miseria. Los del lado de "adentro", los que tienen acceso, aún limitado, al mercado de consumo, se consideran a salvo de las desdichas que acechan a los excluidos. Hay que darse cuenta que es todo el conjunto social el que será afectado, la sociedad toda sufrirá este desgajamiento y en este punto no habrá consumo que compense la transformación de nuestra vida en el mundo hostil y peligroso que conocemos. En este sentido, lo contrario a exclusión no es la inclusión, sino la reclusión. Estar "adentro" nos obliga a aumentar la desconfianza en nuestros semejantes, a aferrarnos a nuestras pertenencias y elaborar códigos de poblaciones sitiadas. El crecimiento de la miseria miserabiliza la vida de la sociedad. Las ilusorias medidas de "más protección y seguridad" se transforman muchas veces en su contrario y atacan la vida misma de los que tienen que defender.

A su vez, estos núcleos de sobrevivientes, son impulsados muchas veces a la agresión y obligada delincuencia. Ellos también contaban y cuentan con familiares desaparecidos por el hambre, la violencia, la enfermedad y todas las secuelas de la miseria. A esto Fernando Ulloa denomina la cultura de la mortificación y es uno de los ámbitos de mayor producción de la crueldad. Claro que la crueldad puede ser también muy intensa entre los excluidos, sobre todo cuando la violencia organiza su condición de sobrevivientes. En este sentido hasta se puede pensar que al sobreviviente no le queda otra salida que la ética de la violencia.

A esta altura debemos pensar en lo que sucede cuando comienzan a fracasar las denominados apoyaturas sociales del psiquismo individual. Ya Enrique Pichón Rivière decía: " la inseguridad básica, proveniente del clima socioeconómico, se refiere a la limitada oportunidad de ocupación, a los escasos ingresos, al paro, a la enfermedad y a la vejez. La seguridad social implica la certeza de haberse librado de los fantasmas de la miseria, la desocupación, la vejez y la muerte".

Para poder subsistir, el psiquismo precisa sostenerse en determinadas instituciones sociales que proporcionan una red de seguridades. La seguridad social, después de las revoluciones burguesas, en el Estado Moderno, fue asumida por el Estado-nación, como garante de estos valores concebidos como sociales. Se trataba de la educación pública, la salud pública, del sistema jubilatorio público y, debemos suponer, había un tránsito hacia la muerte, que la sociedad estructuraba en el plano colectivo. Las seguridades se asientan en ciertas bases ilusorias, pero desde el punto de vista del zócalo del psiquismo, la necesidad de contar con algunas certidumbres básicas es imprescindible para que pueda funcionar sin mayores daños. Podemos cuestionar algunas certidumbres, pero algunas seguridades hay que tener.

Se sabe que la pérdida del objeto primario, la madre, provoca desamparo; y ante el desamparo la persona busca y encuentra ayuda y protección por medio de la proyección común sobre las creaciones colectivas, las instituciones y la cultura. La "seguridad social" vendría a contrarrestar el malestar que genera el desamparo. Hay una suerte de equivalencia entre el objeto primario del psiquismo, la madre, y ciertas instituciones sociales, como las de la seguridad y bienestar sociales. Las personas "apuntalan" en estas instituciones generadas por el Estado y la sociedad civil, su esperanza de ser amparados, protegidos, cuidados. Estamos hablando del apuntalamiento en red: apoyo en el propio cuerpo, en el de la madre, en el grupo, y en las instituciones de la cultura. Apoyos y desapoyos, aperturas y cierres, crisis y creación, vicisitudes en la construcción de la subjetividad. Los trastornos individuales y sociales, los sufrimientos que experimentan las personas por estas cuestiones, pueden manifestarse como enfermedad. Estos trastornos no son sólo

una pantalla entre sí y el medio hostil, dice R. Kaes, un refugio o una clausura. Son ante todo, la expresión de una crisis social; la capacidad de elaborar una solución a esta crisis se dará en tanto una estructura social de recepción se preste a la elaboración de la experiencia de la ruptura. En nuestra sociedad hay muchos signos y síntomas de que la red vincular social solidaria se ha resquebrajado en mil pedazos, es decir, se han quebrado los imprescindibles apuntalamientos sociales sobre los que se asientan los psiquismos individuales. En este sentido es que la reflexión nos lleva a la idea de que se abre un período de nuestro tiempo social, en el cual será necesaria, imprescindible diría yo, la construcción de estas estructuras de recepción, estructuras de apuntalamiento que vayan permitiendo, a numerosos agrupamientos sociales, ir elaborando, reapuntalando, aquello que se rupturó, causante de angustia, de desamparo ante la precariedad laboral y relacional. Y también acá, los operadores psicosociales seguramente, tendrán significativas posibilidades de aportar técnica, profesional y humanamente a la tarea colectiva de construcción de un nuevo Uruguay.

Hugo Monetti - Director de la Escuela de Psicología Social de Montevideo